

sucedan, muchas más de las que el ser humano requiere. Entonces, mediante un proceso de selección natural, el mismo cerebro, elimina las conexiones que se usan poco o nunca, dejando atrás un espectro de emoción y pensamiento que no se utilizará y otro, para mal o para bien, único y restringido para el futuro del niño, sus seres cercanos y la sociedad que lo acogerá. Esta decantación de conexiones explica por que es más difícil aprender lenguajes pasada cierta edad de la infancia y la razón por la cual a los padres les cuesta trabajo el dominio de los últimos juegos de video y a los jóvenes no. Son destrezas con ventanas de corta oportunidad. El sastre del empirismo trabaja en nuestra niñez con cortes irreversibles.

Los primeros y más importantes escultores en esta etapa del cerebro de arcilla son los padres. Y desde muy temprano, en esta comunidad, la labor se comparte con el Colegio Bolívar. Este plantel, con sus directivos, profesores y colaboradores, día a día, con cincel invisible talla la riqueza más importante que tiene esta ciudad y que tiene Colombia, la memoria de la próxima generación. Su memoria, muchachos de la Sociedad de Honor. Y esa construcción se realiza con herramientas únicas.

#### Hablemos del Colegio Bolívar.

Comencemos con la belleza del campus. Todos los días ustedes resuelven dudas en matemáticas, filosofía o geografía en salones con vista franca a jardines de veraneras fucsia, amarillas y rojas; a montañas y a árboles de mango. Más de una vez, mientras Mister Bouchard les enseña una fórmula o Manuelita un elemento químico, seguramente su mente está alborotando fantasías en la sombra de los quioscos o en la boca abierta de los farallones a lo lejos. Esa tregua, muchachos, es muy difícil de encontrar en la severidad de otras instituciones. Esa tregua que parece garantía en su cotidiano, es un golpe fuerte del cincel que moldea el respeto a la libertad; un principio que los acompañará por siempre.



Los que hemos pasado por el Colegio Bolívar, agradecemos el campo de malabar que se ofreció a nuestra mente y cuerpo. En cada aula y recreo se nos permitió jugar con los datos y las fórmulas y crear nuevas ideas, no impuestas por dogmas o religiones pero elaboradas propias en el campo fértil de la

discusión. Se nos enseñó el respeto por los argumentos, la tolerancia por las diferencias, el entusiasmo por el debate, la admiración a la creatividad y el afán de encontrar la autoridad en las respuestas más precisas y no en las reglas más promovidas.

Recuerdo las clases del Profesor Heiner, de inglés, cuando nos introducía a unas expediciones inhóspitas por la semiología; nos insistía que los objetos no se definen por su uso práctico sino por el uso que el lenguaje les dé. Con esta idea extraña entramos a los símbolos en la literatura de George Bernard Shaw y en las películas surrealistas de David Lynch. Eramos jóvenes para David Lynch. Recuerdo al profesor Villafañe, que en paz descansa, cuando en mitad de clase, suspendía el tema y abría deliciosas tertulias sobre política, cine o fútbol. O cuando el Profesor Ordóñez, de español, que también nos vigila desde el más allá, pendiente a los errores de ortografía, nos liberó de las imposiciones del currículo de lecturas y pudimos, explorar, a nuestra merced, autores como Milán Kundera que apenas destellaba como la nueva figura de la novela disidente en Europa.

**“Hablemos del Colegio Bolívar...  
...es un golpe fuerte del cincel  
que moldea el respeto a la  
libertad; un principio que los  
acompañará por siempre.”**

La siembra temprana de memorias gratas, nos permite disfrutar de conciertos de rock o óperas con agonías desgarradoras, rendirnos de humildad ante el poder de una pintura de El Greco, acariciar los sabores de un buen vino, devorar charlas vivas con amigos o correr felices en potreros con nuestros hijos. Aprender a degustar la vida con el asombro por la creación natural y humana, nos hace curiosos y más capacitados para el amor; una materia que no está en el itinerario de clases pero de cuyo dominio depende gran parte de nuestra alegría. El amor, hace que todo quede bien.

Cuando bordeaba los 15 años, y mi mundo giraba en torno al fútbol, a algún amor no correspondido, al fútbol, a las lecturas de Sabato y Vargas Llosa, y al fútbol; algo pasó en el mundo de las ideas gozosas en Cali. Se las llevó un torbellino arrasador: el ansia por el dinero fácil, la peste que instaló el narcotráfico. Y muchachos, este país es rico en mujeres bellas e inteligentes, pájaros de colores, orquídeas prehistóricas, ríos e ideas, pero no es un país con mucho dinero, ése hay que trabajarlo duro.

Recuerdo episodios pavorosos: el desfile de las niñas más bellas, algunas, alumnas de este colegio, orgullosas de la compañía de jóvenes fuertes y sanos, sin ideas más allá de la pose, el ruido y el destello fugaz del dinero mal habido. Cali aún siente los rezagos de este huracán de los ochenta que distorsionó todos los tejidos